

Hacia una renovación de los estudios sobre Carlos II de Navarra

ÁNGEL J. MARTIN DUQUE

Justo en el umbral del presente año se cumplieron seis siglos de la desaparición del monarca Carlos II de Navarra. No han faltado las evocaciones más o menos retóricas -en todo caso oportunas y encomiables- con que los medios de comunicación social y otras instancias han apelado a la conciencia popular con el noble empeño de refrescar la memoria histórica del antiguo reino. La Institución Príncipe de Viana no podía dejar de contribuir a subrayar la efemérides invitando a un variado plantel de estudiosos del pasado tardomedieval navarro a sugerir siquiera desde las actuales perspectivas historiográficas una revisión de la imagen del monarca y su mundo aportada hasta ahora por la bibliografía anterior.

«En su vida pasó muchas *fortunas* peligrosas». Así compendia lacónicamente el reinado de Carlos II su confesor -desde 1375-, consejero, embajador y albacea, el agustino fray García de Eugui, obispo titular de Bayona¹. «Le acaecieron grandes y diversas *fortunas* y adversidades, tales cuales rey de Navarra predecesor suyo nunca jamás no hubo pasadas, ni aun reyes de otras naciones», dictamina como prólogo de su relato sobre el mismo soberano el redactor de la llamada *Crónica del Príncipe de Viana*², glosando mínimamente -sin citarla- la precedente narración del tesorero del reino García López de Roncesvalles³.

Y casi como empiezan, igualmente terminan estas dos últimas remembranzas: «Muchas otras y divisas *fortunas* pasó en su tiempo este virtuoso rey, las cuales aquí no son escritas tanto por ser muy notorias a todos como porque de ellas se podría hacer un proceso infinito. Y fue éste muy buen rey y católico»⁴. En esta recapitulación final el tesorero justifica de alguna mane-

1. Cf. C. ORCÁSTEGUI GROS, *Crónica de los reyes de Navarra de García de Eugui*, «Príncipe de Viana», 39, 1978, p. 547-572.

2. C. ORCÁSTEGUI GROS, *La crónica de los reyes de Navarra del Príncipe de Viana. Estudio, fuentes y edición crítica*, Pamplona, 1978, p. 234, primera redacción; en la segunda (p. 201): «É hubo en su tiempo e pasó grandes adversidades e fortunas, las quales no fallamos scripturas que al extenso las narren».

3. «Hubo en su tiempo grandes et diversas fortunas; apenas fue rey en Navarra que tantas e tales las hobiese, salvo de ser muerto a traycion». C. ORCÁSTEGUI GROS, *Crónica de Garcí López de Roncesvalles. Estudio y edición crítica*, Pamplona, 1977, p. 81.

4. C. ORCÁSTEGUI GROS, *La crónica de los reyes de Navarra*, p. 241.

ra la obligada simplificación de una trayectoria vital tan compleja, gesto de modestia que escamoteó el plagio, e introduce además un leve matiz en la esquemática semblanza: «Todas las cuales *fortunas*, por virtud de gran paciencia, él sostuvo en su tiempo, y fue buen católico»⁵, donde debe entenderse paciencia como fortaleza.

El padre Francisco de Alesón, continuador de los «Anales» de su correligionario José de Moret precisamente desde este reinado, parece curarse en salud al calificar el período de notablemente «revuelto», arguyendo en tópica alegoría que «la pluma en tiempos inquietos suele padecer las mismas zozobras que la barca en mares procelosos». Ante el denigratorio sobrenombre, acuñado a principios del siglo XVI precisamente en Navarra y convertido en lugar común por autores franceses⁶, el P. Alesón admite con cierto fatalismo que «la larga serie de males y *desdichas* que le sucedieron en su reinado, le adquirieron el renombre de *Malo*, en que quizás tuvieron tanta parte los odios ajenos como los defectos propios»; pero añade, sin embargo, que «no se puede dudar que en medio de sus vicios tuvo Carlos muchas prendas reales, y que si fue severo en demasía con los hombres por una como epidemia general de todos los reyes de España, malhumorados en aquel tiempo, fue piadoso y religioso para con Dios. Si fue inmoderado y vehemente en seguir sus pretensiones, le asistió la justicia y la razón para seguir las; y nunca le faltó la constancia, aunque casi siempre le desamparó *Infortuna*»⁷.

Aunque con inteligentes precisiones y sin el lastre declamatorio del venerable analista barroco, el balance más moderno y autorizado no deja de amoldarse a los cánones historiográficos tradicionales: «Su continua y tenaz intervención en todas las *desgracias* que afligieron a la Francia de su tiempo, le aseguraron una fama de hombre capaz de los mayores crímenes y bajezas. Por otra parte, fue hombre espléndido y aun pródigo con los amigos, con los santuarios de su devoción y con las órdenes religiosas para que oraran por su alma. Hasta el final de su vida guardó absoluta fidelidad a los que le habían sido leales»⁸.

En todas las exposiciones amplias sobre la época la historia se convierte en biografía y el protagonista -el monarca- campea por el escenario de un drama donde los hados -«fortunas», «desdichas», «desgracias»- parecen condicionar sin remedio el argumento. Aun repudiando el infamante epíteto y tratando de exculpar benévolamente al personaje -con sus «vicios» y «prendas», en réplica estereotipada de las virtudes y flaquezas de cualquier hombre-, se tiende a juzgar peyorativamente el «reinado» y proyectar sobre el mismo una escala de valores demasiado individualizados y quizás anacrónica. Se contraponen, por ejemplo, un tanto simplistamente a la fase posterior encarnada por Carlos III, supuesto oasis de paz y prosperidad, alumbradas en una especie de generación espontánea o emanadas de las cualidades personales del propio rey «Noble», otro gran protagonista a quien además se atribuyen con énfasis los progresos de la llamada «navarrización» de su dinastía. «Si Carlos II

5. C. ORCÁSTEGUI GROS, *Crónica de Gara López de Roncesvalles*, p. 98.

6. Cf. S. HONORÉ-DUVERGÉ, *L'origine de surnom de Charles le Mauvais*, «Mélanges Halphen», París, 1951, p. 345-350.

7. J. DE MORET, *Anales del reino de Navarra*, V, Tolosa, 1891, p. 294.

8. J. M. LACARRA, *Historia política del reino de Navarra desde sus orígenes hasta su incorporación a Castilla*, III, Pamplona, 1973, p. 151.

consumió el erario de Navarra y la sangre de los navarros en empresas bélicas, ajenas a los intereses de su reino, Carlos III empleó las rentas reales en acrecentar el lujo y esplendor de su corte... A Carlos II le preocuparon más sus dominios de Francia que los de la corona de Navarra. Carlos III *nacionalizó* la dinastía de Evreux, prestando atención a los problemas peninsulares⁹. En esta paradigmática confrontación parece como si Carlos II, por haber nacido en Evreux, hubiese considerado Navarra como un lejano coto «colonial» o un obligado exilio. Se olvida tal vez que si se sintió siempre y se le distinguió como rey -con todo el peso coetáneo de este título- fue porque ceñía legítimamente la corona navarra; y es sintomático, por ejemplo, que en su primera y trepidante etapa política francesa, el 15 de junio de 1358 fuera aclamado capitán por la muchedumbre de París al grito de «¡Navarra, Navarra!». En todo caso, y sin menospreciar el peso y aun el protagonismo coyuntural de las individualidades, las dimensiones de toda trama histórica son mucho más complejas e implican un juego de interrelaciones en que los grupos de cualquier rango y sus respectivas actitudes desempeñan funciones cuyo relieve, incidencia y duración es preciso analizar, sopesar e interpretar.

En dos breves y relativamente recientes ensayos de aproximación, sin duda tímida, al medio -una larga generación de 37 años- que condicionó y puede hacer inteligible en cuanto cabe los comportamientos de Carlos II como monarca navarro, difieren tanto el prisma que filtra una información prácticamente idéntica, como las consiguientes apreciaciones. Se subraya en un caso la aceleración coyuntural del «ritmo de la historia» y las correlativas mutaciones -para bien o para mal, quién sabe- de una sociedad sometida en una especie de catarsis al desafío externo e interno de una conjunción singular de circunstancias espoladoras, una cuantiosa «liberación de fuerzas» y, por tanto, de iniciativas¹⁰. En una sosegada reflexión sobre estas hipotéticas y discutibles premisas, el historiador de mayor experiencia y ya en el ocaso de su eximio magisterio se limita a replicar dubitativamente mediante interrogantes a las que con prudencia -y no sin cierto tono de latente amargura- rehusa ofrecer cumplida respuesta¹¹.

Procede reconocer que no se han verificado con el rigor y la paciencia hoy día exigibles exploraciones sistemáticas de la generosa información existente¹² sobre el período aquí contemplado, ni se han diseñado ordenadamente los diferentes campos de estudio sectorial cuyos resultados parciales podrían irse ensamblando de forma coherente en sucesivas síntesis, intelec-

9. J.R. CASTRO, *Carlos III el Noble, rey de Navarra*, Pamplona, 1967, p. 119.

10. A. J. MARTÍN DUQUE, *El reino de Navarra en el siglo XIV*, «Anuario de Estudios Medievales», 7, 1970-1971, p. 153-164. Cf. también, *Vida urbana y vida rural en Navarra en el siglo XIV. Algunos materiales y sugerencias*, en «La sociedad vasca rural y urbana en el marco de la crisis de los siglos XIV y XV», Bilbao, 1975, p. 47-48.

11. J. M. LACARRA, *Estructura económica y social del reino de Navarra en el siglo XIV*, «Cuadernos de Historia. Anexos de la Revista Hispania», VIII, Madrid, 1977, p. 227-236 (Reimp. en «Investigaciones de Historia navarra», Pamplona, 1983, p. 259-270: cf. especialmente p. 264-265 y 270.

12. Solamente la sección de «documentos sueltos» del Archivo General de Navarra contiene unos 18.000 diplomas del período 1349-1386; y los registros de cuentas suman 130 piezas. Debe contarse además la documentación coetánea de los diferentes archivos eclesiásticos y municipales. El caudal bibliográfico y documental resulta todavía mucho más abundante si se desea, como es debido, considerar las coordenadas anglofrancesa y castellanoaragonesa en que para este período se sitúa el reino navarro.

tualmente más accesibles, con una línea argumental más lógica y certera. Convendría, por ejemplo, marcar con precisión los antecedentes y las alternativas del ámbito familiar y los respectivos y cambiantes compromisos patrimoniales del monarca en el marco del gran linaje de la realeza europeo-occidental cristiana, depositaria de una aureola y unos carismas y tradiciones comunes. Se lograría así quizá vertebrar con mayor claridad conceptual los proyectos políticos -aparentemente caóticos- y las oportunas maniobras de la Corona navarra. Deberían reconstruirse y acoplarse con minuciosidad las piezas que iban perfilando los mecanismos de ejercicio del poder público, mas no en cuanto meros moldes institucionales, estancos y descarnados, sino como órganos funcionales animados día a día por personas con nombre propio: el condigno acompañamiento de la «casa» y familia del soberano, los equipos burocráticos e instrumentos escritos aplicados al desempeño de la jurisdicción y la movilización de recursos fiscales, las modalidades del alzamiento de contingentes armados con su cuantía y extracción, las instancias comarcales y locales valedoras de la paz pública. Cabría estimar los grados de representación y cooperación -directa o indirecta- en la monarquía de las distintas fuerzas de un cuerpo social compartimentado hereditariamente en grupos portadores de su peculiar estatuto jurídico o «fuero». Sería necesario a estos efectos ponderar comparativamente los valores demográficos y los modos de implantación, aglutinación y subsistencia de cada grupo, así como indagar su respectiva dinámica interna, sus reacciones ante las posibles incidencias de factores exógenos, sus eventuales desequilibrios y subsiguientes reajustes, los vínculos específicos de solidaridad, los modos y rendimientos de la producción y circulación de bienes, la redistribución -suntuaria o benéfica- de excedentes, el tono medio de vida, las expectativas de deriva paulatina e incluso ruptura de los esquemas sociales tradicionales. El examen atento de las multiformes manifestaciones culturales y, en particular, las expresiones de la conciencia religiosa y moral aproximarían al sedimento profundo de las actitudes, imágenes y convicciones que cimentaban y definían el modelo de sociedad en crisis que conoció e intentó reorientar en cierta medida Carlos II.

El estimable caudal de estudios monográficos ahora presentados por el mencionado grupo de especialistas, de muy diversa formación y experiencia, no agota en absoluto el cuestionario planteado como elemental plataforma para alentar ulteriores desarrollos de la investigación. Se trata principalmente de estimular la reconsideración más detenida y profunda de los conocimientos adquiridos poniendo en juego gradualmente las masas de información disponible, los planteamientos temáticos de mayor actualidad y las técnicas metodológicas de vanguardia, bien entendido que en todas estas tareas sólo mediante la acción coordinada de equipos convenientemente adiestrados y compenetrados se puede aspirar a obtener la rentabilidad científica y social deseable.